

Milton Rossel

Domingo Melfi (1)

No bien habíamos leído algunas páginas de «Tiempos de Tormenta», el último libro de Domingo Melfi, cuando nos fué imposible continuar la lectura. De súbito dejó de interesarnos. La bella y serena prosa nada nos decía, pues los pensamientos y las palabras se fundían borrosamente en nuestra conciencia. El autor, en los variados aspectos de su personalidad y de su obra, se interpuso en las páginas de su propia creación, como presencia tangible frente a la verdad dolorosa de su muerte.

Esta crónica semanal, que teníamos destinada al comentario de su obra aparecida recientemente, tendrá ahora un carácter más amplio y un acenso de emoción del cual no podemos desprendernos al referirnos al espíritu de Domingo Melfi y a la labor literaria que dejó realizada, porque la cordialidad y el afecto anudaron entre él y nosotros en un sentimiento de amistad sincero y profundo. Por sobre el escritor está el hom-

(1) De «Zig-Zag».

bre en la integridad de sus condiciones humanas, que lo destacaron en nuestros medios sociales, intelectuales y periodísticos por la claridad de sus intenciones, la elevación de sus ideales, la dignidad de sus actitudes; por la elegancia de su expresión, la serenidad de sus juicios, el amor con que rigió su vida hogareña.

No era fácil conocer a Domingo Melfi en su intimidad espiritual. Su hermetismo, sus gestos suaves, su mirada velada por una amable tristeza, el rictus de sus labios ligeramente desdeñoso, daban a su persona un aire de ausencia como si él hubiese vivido en un plano distinto al que nos movemos nosotros. Por eso prefería oír y mirar antes que mezclarse en el tumulto de la conversación trivial. Acaso era un tímido. Quienes lo conocieron íntimamente sabían de sus sentimientos profundos y de sus arraigadas convicciones, que apenas afloraban en el corro anónimo. Su buen gusto innato evitaba la expresión efusiva y estridente. Sus actitudes y sus palabras se movían dentro de una atmósfera de serenidad y armonía. Por eso quienes sólo lo habían conocido a través de sus gestos externos pudieron juzgarlo como un temperamento frío, y aun displicente. Pero basta leer las páginas de sus crónicas y libros para comprender el intenso patetismo con que sentía el drama de los seres humildes y de los pueblos avasallados.

Aun cuando el número de libros que él escribió no alcanza a la docena, su labor literaria fué copiosa y de gran significación. Desperdigados en diarios y revistas

deja numerosos estudios y ensayos escritos desde la adolescencia, cuando un imperativo ineludible de su temperamento lo hizo dedicarse por entero a las letras. Si bien fué periodista y ocupó el cargo de director de «La Nación» de Santiago, no fué Domingo Melfi un cronista de lo cotidiano intrascendente, ni puso su pluma al servicio de causas de interés efímero o de políticos de categoría subalterna. Sus actividades periodísticas, a las que estuvo obligado por urgencias inevitables, le restaron, seguramente, tiempo para construir una obra literaria de mayor extensión y reposo. Y cuando se esperaba de él esa obra madura, que surge de las experiencias clarificadas, las letras nacionales se sienten desposeídas de este espíritu dilecto y orientador.

Desde su rincón provinciano, Domingo Melfi impuso en los círculos literarios de la capital a «Julián Sorel», y acaso fueron muchos los que primero conocieron este nombre con que se ocultaba un joven escritor chileno, antes que a través de las inmortales páginas de Stendhal. ¡Con qué fruición leíamos en nuestra adolescencia al Julián Sorel talquino! Nos parecía encontrar en su prosa ese ritmo cadencioso, solemne y elocuente que en tiempos ya distantes admiramos en José E. Rodó. Felizmente, parece que, junto con abandonar su seudónimo, Domingo Melfi prefirió a esa prosa de amplios períodos una más ágil y dinámica, que reflejara mejor los problemas inquietantes que enfocaba en sus estudios. Ya en sus dos últimos libros, «El Viaje Literario» y «Tiempos de Tormenta», ad-

vertimos en su estilo un acento de poesía melancólica, como reflejo de ese amable escepticismo que parecía infiltrarse sutilmente en su espíritu en la plenitud dorada de su otoño incipiente.

Como ensayista y crítico literario, Domingo Melfi queda incorporado definitivamente a nuestro devenir literario. «Pacífico-Atlántico», «Estudios de Literatura Chilena», «El Hombre y la Soledad en las Tierras Magallánicas» y «El Viaje Literario» son cuatro hitos incommovibles donde queda grabado el nombre de este animador de las letras y de la cultura y de este escritor que, al interpretar la realidad de su tierra, fué artista y pensador. Como un clásico auténtico, unió a la gracia de la expresión diáfana el pensamiento fino y trascendental.

Ponía Domingo Melfi en sus juicios literarios una gran comprensión y benevolencia. Sabía él que en un pueblo joven, cuya literatura tiene los defectos inherentes a su propia mocedad, son más necesarios la animación y el estímulo, que la condenación implacable, que retiene los impulsos y mata las iniciativas. Juzgaba él en simpatía; le interesaba avivar, vigorizar el fuego que arde en el fondo de todo artista verdadero, a fin de potenciar sus facultades creadoras y ayudar al lector en su búsqueda de emociones. En sus ensayos vemos al escritor que se angustia frente a las injusticias humanas. Muchas veces advertimos que pasaba por alto los valores puramente estéticos, para sólo estimar los ingredientes vitales que intervenían en la creación

literaria. Según sus palabras, en esta tierra de América corresponde una labor novelesca de ardor y de crítica.

A pesar de que había nacido en Italia y de que era sangre de allí la que circulaba en sus venas, Domingo Melfi vibró con el drama social de nuestras tierras y elogió a quienes han sabido expresarlo con emoción y sinceridad.